

ción, mujer toda, en una palabra, con su fecundidad, seducción é imperio! Después sucedía lo mismo con las cuatro figuras decorativas que sentadas en las pilastras, en las cuatro esquinas de los frisos, celebraban el triunfo de la carne; los veinte jóvenes, dichosos al verse desnudos, con un esplendor de torso y de miembros incomparable, con una intensidad tal de vida, que los arrastra una locura de movimiento, los dobla y echa hacia atrás con soberbias actitudes. Y entre las ventanas eran los gigantes los que llamaban la atención, los Profetas y las Sibilas, el hombre y la mujer convertidos en dioses; desmesurados en la fuerza de su musculatura, y en la grandeza de la expresión intelectual; Jeremías, con el codo apoyado en la rodilla, la barba descansando en la mano y reflexionando en el fondo mismo de la visión y del ensueño: La Sibila de Erithrea, con un perfil tan puro, tan joven, con su opulencia, y un dedo sobre el libro abierto del destino; Isafas, con su boca enérgica, acostumbrada á la verdad, hinchada bajo el carbón ardiente, altanero, la cabeza medio vuelta y levantando una mano en señal de mando: la Sibila de Cumas, aterradora, con su ciencia y su vejez, con su solidez de roca, su arrugado rostro, su nariz de ave de presa y su barba cuadrada que avanza y se obstina; Jonás, vomitado por la ballena, arrojado allí con un escorzo extraordinario, el torso retorcido, los brazos replegados, la cabeza inclinada, la boca abierta y voceando y los otros, todos los demás de la misma familia amplia y majestuosa, reinando con la soberanía de la eterna salud y de la eterna inteligencia, realizando el sueño de una humanidad indestructible, más alta, más fuerte. Aparte de esto en las cimbras de las ventanas, en los agujeros todos, figuras bellísimas con su fuerza y su gracia, naciendo, apresurándose y abundando; allí veíanse los antepasados de Cristo, las madres contemplando hermosísimos niños desnudos, los hombres fijando la mirada á lo lejos en el porvenir; la raza castigada, cansada, deseosa de la venida del Salvador prometido; mientras que en las conchas de los cuatro ángulos se evocaban vivientes escenas bíblicas, las victorias de Israel sobre el espíritu del mal. Y por último el colosal fresco de fondo, el del Juicio Final, con su pueblo hormigueando de

figuras que son tantas y tan numerosas que se necesitan días y más días para verlas, una multitud trastornada, arrastrada por un ardiente soplo de vida desde los muertos, á los que despiertan las trompetas de los ángeles del Apocalipsis, hasta á los réprobos á los que los demonios arrojan al infierno en racimos de seres aterrados; desde el Jesús Justiciero rodeado de apóstoles y de santos, hasta los elegidos, radiantes, que suben sostenidos por ángeles, mientras que más arriba, otros ángeles, llevando los emblemas de la Pasión, triunfan en plena gloria y sin embargo, encima de esa página gigantesca, pintada treinta años más tarde que el techo, y cuando el artista estaba en toda la madurez de su edad, las pinturas conservan su mérito, su innegable superioridad, porque allí era donde el artista había hecho su esfuerzo virgen, y dejado con su juventud, la llama primera de su genio.

Pedro no encontró más que una frase para calificarlo; Miguel Angel era el monstruo que lo dominaba y aplastaba todo. Y no había para qué ver, bajo la inmensidad de su obra, las obras de Perugino, Pinturichio, Rosselli, Signorelli y Boticelli, los frescos anteriores y admirables que se extendían debajo de la cornisa, y alrededor de la capilla. Narciso no había levantado la cabeza hacia el esplendor glorioso de la bóveda; sumido en su éxtasis no separaba la vista de las pinturas de Boticelli que tiene allí tres frescos. Al fin se decidió á hablar y lo hizo con voz semejante á un murmullo.

—¡Ah! ¡Boticelli! ¡Boticelli! ¡La elegancia y la gracia de la pasión que sufre! ¡El profundo sentimiento de la tristeza en la voluptuosidad! ¡Nuestra alma moderna adivinada y revelada con el encanto más penetrante que haya salido jamás de una creación de artista!

Contemplóle Pedro con asombro, y luego volvió á preguntarle.

—¿Y venís aquí para contemplar los frescos de Boticelli?

—Sí, por cierto,—respondió Narciso con mucha calma:—no vengo más que por él, durante algunas horas todas las semanas y no contemplo absolutamente nada más que sus obras. ¡Mirad! Fijáos en ese pasaje. «Moisés y las hijas

de Jethro. ¿No es eso lo más penefrante que han producido la ternura y la melancolía humanas?

Y con un leve temblor devoto en la voz, continuó hablando con el tono del sacerdote que penetra en el estremecimiento delicioso é inquietante del Santuario. ¡Ah! ¡Boticelli! ¡Boticelli! ¡Las mujeres de Boticelli! Con su larga faz, sensual y á la par cándida, con un vientre un tanto pronunciado bajo los finos paños, con su manera de andar, alta, esbelta, volante y de la que participa todo el cuerpo. ¡Los jóvenes y los ángeles de Boticelli tan reales, tan hermosos como mujeres, de un sexo equívoco, en la cual se mezcla la sabia solidez de los músculos á la infinita delicadeza de los contornos y todos empujados por la llama del deseo de la que se lleva la quemadura! ¡Ah! ¡Y las bocas de Botceilli, esas bocas carnales, duras como frutos, irónicas y dolorosas, enigmáticas con sus pliegues sinuosos y sin que se pueda saber si ocultan purezas ó abominaciones! Los ojos de Boticelli, esos ojos de languidez, de un dolor tan profundo en medio de su alegría, que no los hay en el mundo más insondables y abiertos sobre el vacío humano. ¡Las manos de Boticelli, esas manos tan trabajadas, tan cuidadas, y que tienen como una vida intensa, moviéndose en el aire libre, uniéndose las unas á las otras, besándose y hablándose con un cuidado tal de la gracia, que en algunas ocasiones aparecen amaneradas, pero cada una tiene su expresión, todas las expresiones del goce y del sufrimiento de tocar. ¡Y no obstante nada de afeminado ni de mentido, por todas partes una especie de fiereza viril, un movimiento apasionado, y soberbio alentado, empujando las figuras; unido todo á un gran cuidado de la verdad, al estudio directo, la conciencia, á un verdadero realismo que corrige y revela lo extrañamente genial del sentimiento del carácter, dando á la misma fealdad, la inolvidable transfiguración del encanto!

El asombro de Pedro fué en aumento y escuchaba á Narciso fijándose por la primera vez en su distinción un poco estudiada, en el cabello rizado, recortado á la florentina y en los ojos azules, casi oscuros, que palidecían con entusiasmo.

—No hay duda,—dijo Pedro como conclusión,—que Bo-

ticelli es un artista maravilloso... Sólo que me parece que aquí Miguel Angel...

Interrumpióle Narciso con un gesto casi violento.

—¡Ah! ¡No! ¡No me habléis de ese hombre que todo lo echó á perder, lo estropeó! ¡Un hombre que se unció al trabajo como un buey, que hacía el trabajo como un albañil á tantos metros por día! Y un hombre sin misterio, un desconocido, que gozaba esbozando la belleza, pintando cuerpos de hombres semejantes á troncos de árbol, mujeres semejantes á gigantescas leñadoras, masas estúpidas de carne sin más allá de almas divinas ó infernales... Un albañil, si queréis, sí, un albañil colosal ¡y nada más que eso!

Inconscientemente, en el ánimo de Narciso, en su cerebro á la moderna, cansado, complicado, echado á perder por el afán de buscar lo original y lo raro, estallaba el rencor fatal á la salud, á la fuerza, á la potencia. El enemigo era aquel Miguel Angel que engendraba sin esfuerzo, que había dejado la creación la más prodigiosa que artista alguno haya podido dar á luz. El crimen estaba en eso, en crear, en «hacer vida» pero de una manera tal, que las pequeñas creaciones de los demás, hasta las más deliciosas, se anegaban, desaparecían arrastradas por esa ola desbordante de seres á los que arrojaba llenos de vida bajo el sol.

—A fe mía, que no soy de vuestra opinión,—dijo animosamente Pedro,—pues acabo de comprender que en arte, la vida es todo y que la inmortalidad no es en realidad más que de las criaturas. El caso de Miguel Angel me parece decisivo, porque no es más que el maestro sobrehumano, el monstruo que aplasta á los demás, gracias á esa extraordinaria creación de carne viviente y magnífica con la que se lastima vuestra delicadeza. Comprendo que los curiosos, ciertos espíritus, y los intelectuales penetrantes, busquen un refinamiento sobre el equívoco y lo invisible, que ponen en la salsa del arte entre la elección del rasgo precioso y en semiobscuridad del símbolo. A pesar de todo eso Miguel Angel sigue siendo el Todopoderoso, el Hacedor de hombres, el Maestro de la claridad, la sencillez y de la salud, tan eternas como la misma vida.

Contentóse entonces Narciso con sonreír con un aire de desdén indulgente y cortés. Todo el mundo no iba á pasar horas enteras á la Capilla Sixtina para sentarse ante un fresco de Boticelli, sin levantar nunca la cabeza para contemplar los de Miguel Angel. Y cortó la conversación diciendo:

—Ya son las once; mi primo había quedado en mandarme recado aquí en cuanto pudiese recibirnos, y me choca no haber visto aún á nadie. ¿Queréis que mientras tanto subamos á las salas de Rafael?

Y una vez en esas salas se mostró correcto, muy lúcido y apreciando con mucha justicia las obras, recobrando toda su clara inteligencia desde que no se excitaba con su horror á las dimensiones colosales y á las genialidades del pintor.

Desgraciadamente para Pedro salía de la capilla Sixtina y habíale sido necesario escapar á la presión del monstruo, olvidar lo que acababa de ver, habituarse á lo que veía allí para paladear toda aquella belleza pura. Sucédiale lo mismo que si al principio hubiese bebido un vino demasiado fuerte que le aturdió y que le impedía saborear á continuación ese otro vino más ligero y de delicado aroma. En esas salas la admiración no deslumbra como el relámpago; pero en cambio el encanto opérase de una manera lenta é irresistible.

Es Racine al lado de Corneille, Lamartine al de Víctor Hugo; la eterna pareja, la unión del macho y de la hembra en los siglos de gloria. Con Rafael triunfan la nobleza, la gracia, la línea exquisita y correcta de una armonía divina y no es tan sólo el símbolo material tan soberbiamente arrojado por Miguel Angel, sino que es un análisis fisiológico de una profunda penetración llevado á la pintura. El hombre está más depurado, más idealizado; visto ante todo por dentro. Y no obstante si hay allí un sentimentalismo, un femenino, del que se siente el estremecimiento de ternura, es también de una solidez de factura admirable, muy grande y fuerte. Pedro íbase poco á poco abandonando á esa soberana maestría conquistándole la elegancia viril del gallardo pintor; conmovíale también hasta el fondo del corazón esa visión de la suprema belle-

za en la perfección suprema; pero si la *Disputa del Santo Sacramento* y la *Escuela de Atenas*, anteriores á las pinturas de la Capilla Sixtina le parecieron las obras maestras de Rafael, se figuró en el *Incendio de Bourg* y más aun en *Heliodoro arrojado del templo* y en *Atila detenido á las puertas de Roma*, que el artista había perdido la flor de su gracia divina impresionado por la aplastante grandeza de Miguel Angel. ¡Qué abatimiento cuando se abrió la Capilla Sixtina y los rivales penetraron en ella! El monstruo había procreado abajo y el más grande entre los humanos, dejó allí un alma sin que ya jamás pudiese librarse de la influencia sufrida.

Después acompañó Narciso á Pedro á las *logias*, á esa galería de cristales tan clara y de un decorado tan delicioso. Rafael había muerto y en los cartones que dejó no se veía más que un trabajo de discípulos. Era una caída brusca, total. Nunca comprendió Pedro tan perfectamente que el genio lo es todo y que cuando desaparece, la escuela se hunde. El hombre de genio resume una época, produce, en una hora dada de la civilización, toda la savia del suelo social, que queda en seguida agotado y á veces por siglos.

Y se interesó mucho más con la vista admirable que se disfruta desde las logias, cuando observó que tenía enfrente de él, y al otro lado del patio de San Dámaso, el piso habitado por el papa. Abajo, el patio, con su pórtico, su fuente, su blanco pavimento, que estaba claro y desnudo bajo el sol ardiente. Aquello decididamente no tenía nada de la sombra, del misterio discreto y religioso que los alrededores de las catedrales del Norte le hicieran soñar.

A derecha é izquierda de una escalinata que conducía á las habitaciones del papa y á las del cardenal secretario, veíanse alineados cinco coches, los cocheros erguidos, tiesos en sus pescantes, los caballos inmóviles en medio de aquella luz tan viva. Y ni un alma poblaba el desierto del vasto patio cuadrado, con tres pisos con galerías de cristales, el rojo tono de la piedra parecía como que doraban la desnudez del pavimento y de las fachadas con una especie de

grave majestad de templo pagano, consagrado al dios del sol.

Lo que llamó más la atención á Pedro, fué el magnífico panorama de Roma que desde allí se disfrutaba y que se desarrolla bajo esas ventanas del Vaticano. No había creído siquiera que aquello debía ser así y de pronto sobrecogió el pensamiento de que el papa, desde sus ventanas veía de ese modo á Roma completa, extendida delante de él, amontonada allí como si no tuviese que hacer más que alargar la mano para volverla á tener. Y se llenó los ojos y el corazón con aquel espectáculo inaudito, porque quería llevárselo, guardarlo todo él, estremecido por el fin de ensueños que evocaba.

Distrájole de su contemplación un rumor de voces que le hizo volver la cabeza y vió á un criado de librea negra que, después de haber dado un recado á Narciso Habert, le saludaba con mucho respeto.

El agregado se acercó al presbítero con aire de visible contrariedad.

—Mi primo, monseñor Gamba del Zoppo, me manda un recado diciéndome que no puede recibir esta mañana. A lo que parece, se lo impide el tener que prestar un servicio inesperado.

Su embarazo, al decirlo, revelaba que no creía mucho en aquella excusa y que empezaba á sospechar que su pariente tenía miedo de comprometerse, advertido y aterrado por alguna alma caritativa. Esto le indignó por otra parte, pues era servicial y demasiado animoso. Al cabo se sonrió, añadiendo:

—Escuchadme, hay un medio de forzar las puertas. Si es que podéis disponer de la tarde, almorzaremos juntos y después volveremos á visitar el Museo de Antigüedades y al fin conseguiré reunirme con mi primo sin contar con la venturosa eventualidad que tenemos de encontrarnos al papa en persona, si es que baja á los jardines.

Al principio y al oír hablar de aquel nuevo entorpecimiento á su audiencia, experimentó Pedro la más viva decepción. Por esto y pudiendo además disponer libremente de la tarde, aceptó la oferta de Narciso.

—Sois muy amable y temo mucho abusar... os doy un millón de gracias.

Almorzaron frente mismo á San Pedro, en un modesto restaurant del Borgo, que contaba entre su parroquia á la mayoría de los peregrinos y en donde, por cierto, se comía muy mal.

Después, á eso de las dos, dieron la vuelta á la basílica por la plaza de la Sacristía y por la plaza de Santa Marta, para ir desde allí, por la parte de atrás, á buscar la entrada del Museo. Era un barrio claro, desierto y caluroso, en él que el joven presbítero encontró otra vez, pero duplicada, la sensación de majestad desnuda y rojiza, como recorrida al sol, que hallara al visitar el palacio de San Dámaso; pero sobre todo, cuando dió la vuelta al ábside gigantesco del coloso, comprendió mucho más su enormidad; una porción de arquitecturas, con florescencia de ellas puestas en montón que bordean los espacios vacíos del pavimento en el que crece una hierba menuda, fina. En aquella muda inmensidad no había más que dos niños que jugaban á la sombra de una pared. La antigua casa de moneda de los papas, la *Zecca*, á la sazón italiana y custodiada por soldados del rey, encuéntrase á la izquierda del pasaje que conduce al Museo; mientras que enfrente á la derecha se halla una puerta de honor del Vaticano, en el que vigila un retén de la guardia suiza y por esa puerta es por la que entran los coches de dos caballos, que, según las prescripciones de etiqueta, llevan al patio de San Dámaso á los que van á visitar al cardenal secretario y á Su Santidad.

Siguieron el largo pasaje, la calle que sube entre una ala del palacio y las tapias de los jardines pontificales y al cabo llegaron al Museo de Antigüedades. ¡Ah! ¡Museo inmenso compuesto de salas sin fin, museo en el que se encierran tres; el antiguo Museo Pío Clementino, Museo Chiaramonti y el Braccio Nuovo, todo un mundo hallado bajo la tierra, exhumado, glorificado sobre la misma y en pleno día.

Durante más de dos horas lo recorrió el joven presbítero, yendo de una á otra sala, deslumbrándole aquellas obras maestras, aturdiéndole tanto genio y tanta belleza. No eran sólo los trozos ó restos célebres los que le admiraban, el Laocoon y el Apolo, de los gabinetes de Belvedere

ni el Meleagro, ni el torso de Hércules; sino que le sorprendía, le dominaba más la cantidad incontable de Venus, de Bacos, de emperadores y emperatrices deificados; por todas partes aquella exhuberancia soberbia de hermosas carnes, de carnes augustas, celebrando la inmortalidad de la vida. Tres días antes, había visitado el Museo del Capitolio, en el que pudo admirar la Venus, el Galo moribundo, los centauros maravillosos de mármol negro y la colección extraordinaria de bustos.

Pero en el Museo Vaticano, encontró otra vez esa admiración, pero duplicada hasta el estupor por la inagotable riqueza de aquellas salas. Y más ansioso quizás de la vida que del arte, ensimismóse otra vez ante los bustos, en los que resucita tan real la Roma antigua; que si ciertamente fué incapaz de crear la belleza ideal de Grecia, dió, sin embargo, á luz la vida. Allí están todos, emperadores, filósofos, sabios poetas, viviendo todos ellos con una prodigiosa intensidad, tales cuales eran estudiados y reproducidos con artístico escrúpulo por el artista, con sus deformidades, sus tachas y hasta las menores particularidades de sus rostros y de ese extremado cuidado de la verdad, salía el carácter, una evocación de una potencia extraordinaria. Nada hay en suma, nada más alto, son los hombres mismos los que reviven, que rehacen la historia, esa historia falsa cuya enseñanza basta para que execren la antigüedad, generaciones de alumnos.

¡Desde entonces, cómo se comprende, cómo se simpatiza! Y era por esto el porqué los menores pedazos de mármol, las estatuas truncadas, los bajo relieves en pedazos, hasta un solo miembro, brazo divino de ninfa ó nerviosa pierna de sátiro, evocaban el resplandecimiento de una civilización de luz, de grandeza y de fuerza.

Acompañó Narciso á Pedro á la galería de los Candelabros, que tenía cinco metros de largo y en la que se hallan reunidos muy hermosos trozos de escultura.

—Eseuchadme, querido abate, no son apenas más que las cuatro,—dijo,—y vamos á sentarnos un momento aquí, porque suele suceder, según me han dicho, que el papa pasa por estos sitios para bajar á los jardines. Sería una verdadera suerte, si pudieseis verle ó hablarle, ¿quién sa-

be? de todos modos descansaréis porque debéis tener tronchadas las piernas.

Conocíale todos los celadores por su parentesco con monseñor Gamba del Zoppo, pues éste abríale todas las puertas del Vaticano á donde le agradaba ir á pasar días enteros.

Había dos sillas allí, y en ellas se instalaron poniéndose inmediatamente á hablar del arte.

¡Qué Roma aquella con su soberana realza propia y ajena! No parece si no que es un centro en el que el mundo entero converge y va á parar allí, pero en el que nada crece en el suelo herido de esterilidad desde el principio.

Es preciso aclimatar las artes, trasplantar el genio de los pueblos vecinos que desde luego florece espléndidamente.

Bajo los emperadores y cuando es la reina de la tierra, es de Grecia de donde procede la belleza de sus monumentos y de sus esculturas; más tarde, cuando nace el cristianismo, quédase allí impregnado todo él de paganismo y es fuera de allí, en otro terreno, en donde se produce el arte gótico, el arte cristiano por excelencia.

Más tarde, durante el Renacimiento, es Roma la que resplandece en el siglo de Julio II y de León X, pero son artistas de Toscana y de la Umbría los que preparan el movimiento, los que la llevan á tan prodigiosa altura. Por segunda vez el arte va á ella desde fuera, la da la soberanía del mundo, adquiriendo en su seno una amplitud triunfal. Verifícase entonces el extraordinario despertar de la antigüedad; son Venus y Apolo que resucitan adorados por los mismo papas que, desde Nicolás V, sueñan en igualar la Roma papal á la Roma imperial.

Después de los precursores tan sencillos, tan tiernos y fuertes, Fra Angélico, Perugino, Boticcelli y otros, aparecen las dos soberanías: Miguel Angel y Rafael, lo sobrehumano y lo divino; después la caída es brusca, es preciso esperar ciento cincuenta años para llegar al Caravaggio, á todo lo que la ciencia de la pintura ha podido conquistar y en ausencia del genio al color y al modelado poderosos.

Continúa en seguida la decadencia hasta Bernin, que es

el transformador, el verdadero creador de la Roma de los papas actuales, el hijo pródigo engendrando desde su año vigésimo toda una línea de jóvenes de piedra colosales, el arquitecto cuya aterradora actividad terminó la fachada de San Pedro, elevó la columnata, decoró el interior de la basílica y levantó fuentes, iglesias y palacios sin número.

Y esto fué el fin de todo, porque después de eso Roma fué apartándose poco á poco de la vida, se eliminó cada día más y más del mundo moderno, del mismo modo que si ella, que ha vivido siempre á costa de otras ciudades, se muriese por no poderlas arrebatarse nada para formar su gloria.

—¡Ah! ¡Bernín! ¡El delicioso Bernín!—siguió diciendo en voz baja Narciso, con aire desfallecido.—Es poderoso y á la par exquisito, con una palabra siempre preparada, una ingeniosidad sin cesar en acecho y una fecundidad llena de gracia y de magnificencia. ¡Bramante! ¡Su dichoso Bramante! con su obra maestra, su correcta y fría cancelería ¡y bien! admitamos que ha sido el Miguel Angel y el Rafael de la arquitectura y no hablemos más de él... Pero Bernín, ese Bernín exquisito, cuyo pretendido mal gusto está formado con más delicadeza y refinamiento que la enormidad y perfección de los demás! ¡El alma de Bernín, variada y profunda en la que toda nuestra época actual debería encontrarse, es de un amaneramiento tan triunfal, de un afán de buscar lo artificial y lo turbador, y tan despreciado de las bajezas de la realidad!... Id á visitar la villa Borghese y allí veréis el grupo de Apolo y Dafné que hizo cuando no tenía más que dieciocho años, y sobre todo id á ver su Santa Teresa en éxtasis, que se halla en Santa María de la Victoria. ¡Ah! ¡Esa Santa Teresa! ¡El cielo abierto; el estremecimiento que el divino goce puede poner en el cuerpo de la mujer, la voluptuosidad de la fe llevada hasta el espasmo; la criatura perdiendo el aliento, muriéndose de placer en brazos de su Dios!... He pasado delante de ella horas y más horas sin poder agotar jamás lo infinitamente precioso y devorante del símbolo.

Apagóse su voz y Pedro, al que no admiraba ya su rencor sordo, inconsciente, contra la salud, la sencillez y la

potencia, escuchábase apenas, entregado por completo, á la idea que cada vez se arraigaba más en él, de que la Roma pagana resucitando en la Roma cristiana hacia de ésta la Roma católica, el nuevo centro político, gerárquico y dominador del gobierno de los pueblos. ¿Había sido Roma misma cristiana nunca, fuera de la época de las Catacumbas? Esto era en Pedro una prolongación, una afirmación más y más evidente de los pensamientos que le vinieran á la mente en el Palatino, en la vía Appia y más tarde en San Pedro.

Y aquella misma mañana en la Capilla Sixtina y en la sala de la Signatura, en medio del aturdimiento producido por la admiración, comprendió perfectamente cuál era la nueva prueba que el genio le presentaba.

Sin duda en Miguel Angel y en Rafael, el paganismo no aparecía más que transformado en espíritu cristiano; pero ¿acaso no se hallaba en la base misma? ¿Las gigantescas desnudeces del uno, no venían del terrible cielo de Jehová, visto á través del Olimpo? ¿Y las ideales figuras del otro, no enseñaban, bajo los castos velos de la Virgen, las carnes soberbias, descables de Venus? Ahora tenía conciencia de ello Pedro; entraba algo de cortedad en su abatimiento, porque aquella prodigalidad de hermosos cuerpos, aquellas desnudeces, glorificando la ardiente pasión de la vida, iban en contra de lo que había soñado en su libro: el cristianismo rejuvenecido dando la paz al mundo; el retorno á la pureza de los tiempos primitivos.

De pronto quedóse muy sorprendido al oír á Narciso, que, sin que pudiese saber por qué transición, se había puesto á enterarle de la existencia diaria de León XIII.

—Habéis de saber, querido abate, que á los ochenta y cuatro años lleva una vida de voluntad y de trabajo como ni vos ni yo quisiéramos vivirla. A las seis ya está levantado, dice su misa en la capilla particular y se desayuna luego con un poco de leche. Después, desde las ocho á las doce, en un desfile continuo de cardenales, de prelados que le van á enterar de los asuntos todos de las congregaciones; todo pasa por sus ojos y los aseguro que no hay cosa más complicada ni más numerosa. Al mediodía, con gran frecuencia, recibe en audiencia particular ó colecti-

vamente. A las dos come; tras la comida, la siesta, que en verdad ha bien ganado ó el paseo por los jardines hasta las seis. Algunas veces á continuación las audiencias particulares le entretienen durante una ó dos horas. Cena á las nueve y apenas come, se sostiene con muy poca cosa. Come siempre en su mesita. ¡Eh! ¿Y qué os parece la etiqueta que le obliga á esa soledad? ¡Un hombre que, desde hace dieciocho años no ha tenido jamás un convidado y que vive eternamente á solas con su grandeza! Y á las diez, después de haber rezado el Rosario con sus familiares, se encierra en su habitación; pero si se acuesta duerme poco, porque padece frecuentes insomnios y se levanta llamando á un secretario para dictarle cartas ó notas. Cuando le preocupa un asunto interesante se consagra por completo y piensa sin cesar en él. En eso está su vida, hasta su salud; es una inteligencia siempre despierta, trabajando continuamente, una fuerza y una autoridad que tienen necesidad de usarse... Ya sabéis que durante mucho tiempo cultivó con éxito y ternura la poesía latina. Creo también saber que un tiempo, en las horas de lucha, tuvo la pasión del periodismo, hasta el punto de inspirar los artículos de los periódicos adictos y hasta, según dicen, llegando al extremo de dictar algunos cuando sus ideas más queridas estaban en juego.

Quedáronse ambos silenciosos. A cada momento, y en aquella galería de los Candelabros, inmensa, desierta y solemne en medio de los inmóviles mármoles con blancuras de aparición, alargaba Narciso la cabeza para ver si el corto cortejo del papa no iba á desembocar por la Galería de los Tapices para desfilarse ante ellos dirigiéndose hacia los jardines.

—No ignoráis que le bajan en una silla pequeña lo bastante estrecha para que pueda pasar por todas las puertas ¡y qué viaje! Cerca de dos kilómetros á través de las logias, de las salas de Rafael, de las galerías de pintura y de escultura, un paseo interminable antes de llegar abajo en donde le dejan en un paseo en el que espera un carruaje de dos caballos... Esta tarde hace un tiempo delicioso; con seguridad que saldrá, esperemos y tengamos un poco de paciencia.

Y mientras que Narciso le daba todos esos detalles, veía Pedro revivir delante de él toda la extraordinaria historia. Al principio eran los papas mundanos y fastuosos del Renacimiento los que habían resucitado apasionadamente la antigüedad, soñando envolver la Santa Sede con la púrpura imperial; Pablo II, el magnífico veneciano que mandó construir el gran palacio de Venecia; Sixto IV, al que se debe la Capilla Sixtina, y Julio II y León X, que convirtieron á Roma en una ciudad de pompa teatral, de fiestas prodigiosas, de torneos, de bailes, cacerías, mascaradas y festines.

El papado había hallado el Olimpo bajo la tierra, envuelto en el polvo de las ruinas y como embriagado por aquella oleada de vida que subía desde el vetusto suelo, creó museos, restauró los soberbios templos del paganismo devueltos al culto de la universal admiración. Jamás la Iglesia corrió peligro más mortal que aquel, porque si Cristo continuaba siendo honrado en San Pedro, Júpiter y todos los dioses, todas las diosas de mármol, de hermosas triunfantes carnes, reinaban en las salas del Vaticano.

Pasó después otra visión; la de los papas modernos antes de la ocupación de Roma por los italianos. Pío IX libre aún y saliendo con mucha frecuencia á recorrer su ciudad de Roma. Su gran carroza roja y oro arrastrábanla seis caballos, rodeábala un piquete de la guardia suiza y la escoltaba un pelotón de guardias nobles. Algunas veces el papa se apeaba del carruaje en el Corso y seguía su paseo, y entonces los guardias de á caballo se adelantaban avisando y mandando detener todo movimiento. En seguida poníanse en hilera todos los coches de los que se apeaban los hombres para arrodillarse en el empedrado, mientras que las mujeres se ponían únicamente en pie inclinando devotamente la cabeza al pasar el Santo Padre, que con un paso lento iba así hasta la plaza del Pópolo seguido de su corte, sonriendo y bendiciendo. Y luego seguía á Pío IX, León XIII, el prisionero voluntario encerrado en Roma desde hacía dieciocho años, habiendo adquirido una majestad mucho más alta, una especie de misterio sagrado y temible tras las gruesas y silenciosas murallas en el fondo de aquel desconocido país en donde se deslizaba la vida discreta de cada uno de sus días.